

BAJO EL SIGNO DE REAGAN

EDUARDO HARO TECGLÉN

AMANECIA el año cuando apareció Reagan. Cabalgando sobre un impresionante número de votos, armado con la fuerza de los vengadores. Era el Séptimo de Caballería, acudiendo en el último y preciso minuto a liberar una fortaleza que se perdía... Termina el año y Reagan sigue combatiendo: más aviones de la serie B-1, mayor presupuesto para la defensa del que ha habido nunca en la historia. Y más poderes para la CIA: uno de los fortines avanzados que había sido ocupado. Se había dicho que la CIA era un Estado dentro del Estado; que había precipitado por sí misma, sorprendiendo a Kennedy, la crisis del Caribe; que había provocado la guerra del Vietnam. Los presidentes, el Senado, el Congreso, habían ido sujetando a la CIA, recortando sus actividades. Reagan la libera. Lo más notable —de lo que se sabe— en esta liberación es que ahora puede espiar a los propios ciudadanos americanos. Sobre la tesis de que el enemigo está, también, dentro. Fue la famosa tesis del senador McCarthy, la que produjo la caza de brujas, a la que precisamente Reagan contribuyó como denunciante de sus compañeros de Hollywood, cuando era actor. En realidad, Reagan ha practicado durante todo este año —que, indudablemente, le pertenece: es un protagonista natounas resurrecciones. El vengador llega para enmendar el pasado; volver a la guerra fría, contener a los discólos del tercer mundo, llamar la atención a los aliados demasiado individualistas; y enseñar los dientes a la URSS. Dentro, borrar las huellas de Roosevelt: el hombre que hizo intervenir un dirigismo de estado dentro del capitalismo salvaje que dominaba hasta él; el hombre de los derechos humanos (la Carta de San Francisco) y de las preocupaciones sociales. La tesis es sencilla: durante todos estos años, los Estados Unidos han ido perdiendo terreno en el mundo por haber sido bondadosos y generosos, por no haber querido utilizar toda la potencia de su armamento. Ha caído

en las trampas de los otros: la paz a toda costa, la concesión, la expansión de las libertades. Es hora de reaccionar. Lo más importante de esa tesis es que es falsa. Cualquiera que siga la actualidad un poco de lejos podrá ver que el presunto enemigo, la Unión Soviética, ha tenido una caída mucho más rápida que la de Estados Unidos; y que los Estados Unidos ha fortalecido su posición en el mundo. La URSS ha perdido la unidad comunista con China, la hegemonía sobre los partidos comunistas occidentales, el efecto de la izquierda intelectual; en este mismo año se está quedando, poco a poco, sin Polonia. Y ya en el mes de diciembre oye a Rumanía —su disidente pacífico más fuerte— pedir la disolución del Pacto de Varsovia al mismo tiempo que la OTAN. Sus clases políticas están anquilosadas por la edad: su población ha perdido enteramente la fe. El sistema sólo sigue adelante por inercia. Y quizá porque el mismo cerco, las mismas pistolas del vaquero Reagan, están creando una sensación de defensa propia de tipo nacional. Es la tesis europea, frente a la de Reagan: dejemos a la URSS que cambie por sí misma, abramos a ella nuestras fron-

teras y nuestras negociaciones —sin descuidar las bases de la defensa—, y el régimen terminará por sí mismo.

Es la tesis que ha conducido a la conferencia de Ginebra sobre el desarme. Conferencia que si da un poco de resultado continuará con una entrevista entre Haig y Gromyko; y si esa entrevista funciona, con otra entre Reagan y Brejnev. Lo que se está discutiendo —y quizá por mucho tiempo— en la conferencia es un equilibrio de armamentos en el suelo de Europa. Es el texto; pero hay un subtexto mucho más importante. Reagan puede estar diciendo a sus aliados europeos que no tienen razón de inquietarse por su posición de fuerza, porque él es también capaz de negociar; está advirtiendo a la URSS de que la decisión de llegar al último extremo —la guerra está tomada, a menos que la URSS dé signos fehacientes de retroceso. Y está —y es lo más importante y lo más grave— demostrando que los Estados Unidos y la Unión Soviética son los únicos que pueden negociar directamente. Y repartirse el mundo. Es otra resurrección: la de la política de bloques. Es decir: el intento de hacer perder las individualidades de los otros países, y, especialmente, de los europeos. Se está negociando, no ya el desarme —que nunca va a existir— sino la medición y la limitación de los armamentos



MI AMÉRICA ES
UNA AMÉRICA DE
SENTIDO COMÚN,
DE AUTO RESPETO,
DE SENSATEZ.



MI AMÉRICA ES
UNA AMÉRICA DE
PEQUEÑAS CIU-
DADES CON PEQUE-
ÑAS TIENDAS Y
PASTELERÍAS Y
HELADERÍAS -
DONDE LOS NIÑOS
VAN AL SALIR DE
LA ESCUELA.



MI AMÉRICA ES
UNA AMÉRICA DE
MAMAS PREPARANDO
PASTELES Y PAPAS
QUE TRABAJAN EN
EL PUESTO DE
GASOLINA, O EN LA
PEQUEÑA FABRICA
DE LA ESQUINA O
EN LA FABRICA
DE REPUESTOS.



MI AMÉRICA ES UNA
AMÉRICA DONDE
LOS BLANCOS, LOS
NEGROS Y LOS
MULATOS ENTIERRAN
LAS HACHAS.



© 1982 UNIVERSAL PICTURES SYNDICATE

12-13

© ARTI JAMES FEIFFER

ASI PODEMOS
VIVIR TODOS
EN CASAS
DE MADERA
CON VALLAS
BLANCAS EN
CALLES
OMBRÍAS.



MI AMÉRICA ES
UNA AMÉRICA
DONDE LA
CIA Y EL FBI
HASTEAN Y
ESPÍAN A LOS
OTROS
AMERICANOS...



PARA HACER
QUE
AMÉRICA
SEA
MI AMÉRICA.

BAJO EL SIGNO DE REAGAN

de Estados Unidos y de la limitación de los armamentos de Estados Unidos y de la Unión Soviética en Europa, sin que Europa tenga voz en esta negociación. La tenía en la Conferencia de Madrid, continuación de la que

en Helsinki se llamó de Seguridad y Cooperación en Europa: las dos potencias han bloqueado esa conferencia a conciencia. Podía tener en la ONU: la ONU está en una situación crítica que, a fin de año, seguía sin siquiera resolver quién pueda ser el secretario general. Se tiende a demostrar que los dos matones del mundo están solos entre los blancos de la gran taberna.

¿Qué se pretendería con esta política de bloques? Lo que pretende

Reagan está claro: continuar dominando sobre la parte del mundo que le corresponde y que le suministra materias primas, a partir de la energía. Los Estados Unidos van teniendo cada vez más dependencia de esas materias primas, por la forma en que se desarrolla su economía y su industria electrónica. La parte del mundo que se llamó «tercer mundo» ha comenzado una serie de revoluciones vindicativas con la intención de valorar sus productos y su mano de obra.

Cuando Reagan parte en cruzada contra la URSS, lo hace esgrimiendo la razón de que es la URSS la que altera las condiciones de vida del tercer mundo, la que mete dentro de su cuerpo el espíritu revolucionario. No es cierto. Las revoluciones del tercer mundo, que tienen dos focos especialmente visibles —el Irán y desde él la fe islámica y el nacionalismo árabe; Centroamérica, y un impulso de los menesterosos de todo el continente— surgen por necesidades vitales, como todas las revoluciones. La Unión Soviética ayuda a sostenerlas, por sus intereses de gran potencia más que por su ideología; pero si no tuvieran un impulso real, unas «condiciones objetivas» revolucionarias —como se dice en la jerga marxista— no habría tales revoluciones. El sistema de Reagan es lo suficientemente inteligente —aunque sin exageración— para comprenderlo así; pero también para saber que una política de fuerza para restañar esas heridas por donde mana y se despilfarra el material que necesita podría provocar una acción soviética. Todo el movimiento de este año, desde enero a diciembre, consiste en advertir a la URSS que debe permanecer inactiva suceda lo que suceda en la intervención de Estados Unidos en el tercer mundo. No es algo que la URSS pueda no escuchar. La URSS está condenada en estos momentos a la negociación, a la concesión o a la guerra. Conserva suficiente fuerza para la guerra mundial; no tiene, sin embargo, fuerza moral, ni aliados, ni



El año 1981 ha sido un año difícil, de enfrentamientos, de crisis. En la foto: misiles polacos en un desfile militar en Varsovia.

amigos. La resurrección del pasado por parte de Reagan obedece a circunstancias que le son favorables: en el pasado, con la Unión Soviética dirigida por el hierro de Stalin y con su bomba atómica recién descubierta, con la movilización general del país, después de la guerra ganada, con la expansión a que le daba el reparto de Yalta y con la solidaridad de unas izquierdas mundiales que creían que habían ganado la guerra —grave error del que pronto saldrían— por haber vencido a Hitler y a Mussolini, no cabía la amenaza. Con la Unión Soviética maltrecha de hoy, la amenaza

puede compensar. O producir la guerra mundial...

Frente a esta posibilidad de guerra mundial ha resucitado otro fenómeno antiguo: el pacifismo. En los años cincuenta, cuando estaba en su auge la guerra fría, hubo importantes movimientos pacifistas, y manifestaciones contra la OTAN en toda Europa. Con la coexistencia, se habían acallado. Brotan de nuevo. Con una fuerza que ya no es sólo la de unos centenares de miles de personas en las calles y plazas de Europa, sino la de un electorado que presiona sobre sus políticos. Reagan ha cometido un nuevo

APUNTANDO A LA CABEZA

APUNTANDO A LA CABEZA

JUAN ALDEBARAN

L

A palabra «terrorismo» es uno de los grandes engaños semánticos de nuestro tiempo. Envuelve sucesos de muy distinta índole, causas justas con causas injustas, procedimientos diversos. La comunidad entre todos estos sucesos es que se realizan con violencia y con muertes, muchas veces de inocentes; y que esto es enteramente repudiable.

En principio, no se puede ver razón ninguna para separar, en un país como el Irán —como paradigma extremo de la situación— entre el terrorismo de Estado, con sus fusilamientos diarios y sus castigos atroces para los desviacionistas, y los actos de éstos volando por los aires a los terroristas adversos, a los *ayatollahs* de la clase dominante. Dentro de esta política de la violencia y el crimen, tres hechos singulares han sucedido durante el año: tres atentados que apuntaban a las cabezas de serie de unas tendencias. Contra Reagan, contra el Papa Wojtyla, contra Sadat. Sólo este último fue coronado por el éxito, y aún no se sabe hasta qué punto habrá cambiado la política de Egipto. El de Reagan se atribuye a un loco aislado, el del Papa a un turco extraño... Reagan sigue siendo el

mismo, el Papa parece haber reducido algo su actividad, y últimamente ha declarado algo trascendental: que en el otro mundo seguirá habiendo separación de sexos, aunque no actividad sexual. No es lógico atribuir este pensamiento o esta averiguación a un estado central producido por el salvaje atentado que le tuvo a la puerta de la muerte; podría parecer que había ido más allá de esa puerta, había visto algo interesante —tan interesante como para resolver la vieja disputa sobre el sexo de los ángeles, en la que se entretuvo Bizancio mientras sus enemigos invadían— y le ha alejado un poco de los asuntos políticos del mundo. Aunque se siga ocupando preferentemente de Polonia.

Lo importante de estos atentados, con o sin resolución final, es la confirmación de que ya no hay nadie invulnerable: que todos los sistemas policíacos de prevención, desde los cerebros electrónicos que almacenan fichas a los «gorilas» que interponen su cuerpo ante el del personaje, son insuficientes. Confirman que lo que pasó con Kennedy no fue una excepción. Los que disparan lo hacen, ahora, a la cabeza: a la cabeza de las naciones, de las tendencias políticas, de las ideologías. Es un factor que tuvo su valor en el mundo antiguo —recordemos a César— y que no ha sido resuelto en el mundo contemporáneo.

BAJO EL SIGNO DE REAGAN

error: el de atribuir ese pacifismo a manipulaciones de la URSS. Volvemos a lo mismo: esto era lo que se decía en la primera guerra fría, y lo que sirvió de pretexto para la guerra fría. El error actual ha consistido en relacionar el pacifismo con la URSS, el belicismo con los Estados Unidos. Es cierto que este pacifismo tiende a romper la política de Reagan, que pretende que todo Occidente sea un bloque unido en la amenaza militar. Pero psicológicamente es un disparate asimilar la paz a la URSS, la guerra a Estados Unidos.

Todo este movimiento ha producido, o ha comenzado a producir, una especie de nueva división política en el mundo, especialmente en Europa. Una división clásica de izquierda y derecha. No es sólo el tema de guerra o paz lo que ocasiona esta división, sino una nueva aparición de la lucha de clases, dentro de las matizaciones producidas por la desaparición momentánea de la clase característica que era el proletariado; es también la caída de la economía, la aparición del paro, la distanciamiento creciente entre precios y salarios. Es el fenómeno que ha producido dos sensacionales giros políticos en Europa: el triunfo del socialismo en Francia y en Grecia. Unos socialismos indudablemente moderados, lejos de sus doctrinas básicas —el socialismo es, y parece necesario decir esta obviedad, la socialización; pero los socialismos de hoy, triunfantes o militantes, no aspiran a tanto—, pero están más inclinados a igualar las condiciones de vida en favor de los más desafortunados y en recuperar unas libertades. El foco conservador, encabezado por Reagan o por el misterioso y equívoco personaje que es el Papa Wojtyla, por un tipo característico como es el de Margaret Thatcher, tienen el suficiente poder como para evitar que los socialismos lleguen al fondo de sus doctrinas; y como para hacer —desde su infiltración en las administraciones, la Banca, los ejércitos, la Iglesia, que ya no es la de los «sacerdotes obreros»— que estos socialismos electorales puedan estrellarse. O, por lo menos, para intentarlo.

Todo ello ha hecho del año 1981 un año difícil, de enfrentamientos, de dificultades. Es difícil creer que haya sido un año aislado, sino el verdadero preludio a otras dificultades mayores. Entre las cuales no hay que descartar la de la guerra. ■ E. H. T.



«A pesar del aviso entregado por el teniente coronel Antonio Tejero en el Congreso de los Diputados, la situación que hiciera posible la intentona golpista no ha variado.»

DE ANTONIO TEJERO A SOLEDAD BECERRIL

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

RARAMENTE los años cronológicos coinciden con los años políticos; así 1980 terminaba realmente con la defenestración de Adolfo Suárez que había incubado a lo largo de sus últimos seis meses con el disparo de salida de la manipulada moción de censura de los socialistas. Mil novecientos ochenta y uno, de hecho, comienza con la irrupción violenta del teniente coronel Antonio Tejero en el

Congreso de los Diputados, primer acto de una seria tentativa de golpe de Estado, y finaliza con la entrada de Soledad Becerril en un nuevo Gobierno, tan débil y precario como el que presenció sin enterarse la gestación del intento golpista. Fuera de la anécdota de la incorporación de una mujer a un Ministerio, el Gobierno de diciembre de este año que acaba es exactamente el mismo que existía en enero cuando empezaba su recorrido este difícil 1981. Estamos como estábamos hace 12 meses y estábamos como estamos; estas últimas 52 semanas han sido como un viaje de ida y vuelta